

Una parcela de la terminología histórica: el léxico de la botánica, entre la ciencia, la lingüística y la lexicografía

M^a Nieves Vila Rubio*

Resumen

Desde una perspectiva histórica, relativa a nuestro más reciente pasado, este artículo revisa la forma en que fue tratado el léxico de la botánica durante el siglo XX, en el ámbito hispánico, tanto desde presupuestos lingüísticos –como medio para llevar a cabo estudios sobre diversos aspectos de la lengua–, como desde la perspectiva naturalista –en tanto que instrumento imprescindible para el trabajo científico–, poniendo de relieve las coincidencias y divergencias entre ambas posturas. La propuesta final consiste en que para obtener los resultados más idóneos desde ambos lados, el trabajo sobre la terminología botánica debe ser realizado conjuntamente, con el concurso de filólogos y botánicos. Esta aproximación histórica se inserta en la teoría comunicativa de la terminología, mostrando cómo aspectos pragmáticos y sociales tienen una notable incidencia en el quehacer terminológico.

Palabras clave

Terminología botánica, Lenguaje científico, Lenguas especializadas, Terminología histórica, Léxico de la botánica, Lexicografía especializada, Estudios dialectológicos siglo XX, Historia de la lengua, Cultismos.

* Doctora en filología hispánica. Profesora Titular de la Universidad de Lleida (España). Contacto: n.vila@filcef.udl.es

Abstract

From a historical approach, this paper studies the different ways of dealing with the terminology used by botanists, both from linguistic and scientific perspectives. For naturalists, this terminology is one of their most important work instruments, whereas for language specialists and philologists it is the way to study some aspects of language. A study that combines both perspectives would be the best method in order to obtain better results than those which have been obtained during the last century. Also, this approach proves that pragmatics and sociolinguistics have an important role on Terminology works.

Key words

Botany terminology, scientific language, special language, historic terminology, lexicon of the botany, special lexicography, dialectology studies of twenty century, Language History, cultism.

Introducción

La Terminología es una disciplina que hoy cuenta con unos fundamentos epistemológicos sólidos gracias a la labor de muchos estudiosos que han contribuido a delimitarla como una ciencia interdisciplinar (Wüster, Sager, Lerat, Cabré, entre otros). Desde los años 30 del siglo pasado, esta disciplina ha ido avanzando en su formalización, de manera que hoy se cuenta entre las que disponen de un notable aparato conceptual y descriptivo que permite su profundización desde diversas áreas: lingüística, documentación, teoría de la comunicación, informática... Por ello, no existe una única aproximación científica a esta disciplina, como bien ha destacado Cabré (1993): se realiza desde la lingüística, desde las disciplinas científico-técnicas, desde la propia perspectiva de los usuarios, así como desde la que presentan los planificadores lingüísticos y terminólogos.

Pero lo cierto es que la organización del conocimiento que subyace en toda teoría de la terminología, o de los términos, como defiende Cabré (2002), ha sido una preocupación científica presente en todos los tiempos, que se ha resuelto con mayor o menor fortuna, dependiendo de cada área científica. Con respecto a la Botánica, podemos decir que esta inquietud ha existido desde épocas remotas, dadas las propias características del objeto de estudio. La taxonomía botánica o sistemática clasificatoria de las plantas conlleva una parte dedicada a la denominación que, sin estar formulada en los términos actuales,

podríamos decir que entronca directamente con la Terminología. De ahí que, en determinadas épocas, no solo los botánicos se hayan ocupado de ella, sino también los filólogos. Sin embargo, sus aproximaciones han diferido en buena medida, por diversas causas que revisaremos a continuación.

Por otra parte, todos, científicos y filólogos y lingüistas han mostrado, además, la preocupación por la elaboración de repertorios en los que poder hallar la relación de denominaciones y términos con las correspondientes descripciones de los conceptos que aquellos encierran. La diferencia entre unos y otros es que la finalidad de los primeros se centra en la elaboración de diccionarios especializados y la de los segundos, en decidir qué términos de las áreas especializadas deben entrar en los diccionarios generales y cuáles no, tarea extremadamente compleja, cabe añadir.

Los filólogos han solido encontrarse con dificultades al abordar el área lingüística referida a la lexicología y lexicografía botánicas. La falta de conocimientos científicos les hace correr el riesgo de que la identificación nombre-objeto, en este caso, nombre-especie vegetal, pueda resultar inexacta. No son muchos, pues, los lingüistas que, en el pasado, se ocuparon del tema. A pesar de ello, algunos publicaron notables trabajos a propósito de la lexicología en el mundo vegetal. Miguel Asín Palacios, Amado Alonso, Dámaso Alonso, Antoni Badía Margarit, Samuel Gili Gaya y Manuel Alvar, entre otros, son algunos de los nombres que, durante el siglo XX y en el ámbito hispánico, lo hicieron.

Por su parte, los científicos naturalistas, se han sentido, por lo general, interesados por las cuestiones léxicas, evidentemente, porque buena parte de su trabajo depende de la precisión terminológica. Podemos mencionar aquí, para los mismos tiempo y espacio, nombres como los de Enrique Álvarez López, Pío Font i Quer y Oriol de Bolós.

En este trabajo, pretendemos analizar algunas de estas aportaciones a la terminología científica. El análisis contempla tanto las que parten de la perspectiva lingüística como las que lo hacen desde una óptica naturalista, con el fin de observar y valorar las diferencias y puntos de contacto que presentan ambas formas de tratamiento del léxico de la botánica. Creemos que el siglo XX, a pesar de no ser una etapa especialmente lejana en el tiempo, sí lo es si nos atenemos al espectacular avance científico y tecnológico que se ha producido en los últimos decenios en la llamada sociedad de la información y el cono-

cimiento. De ahí el título del trabajo, pues consideramos esta aproximación como un aporte en el marco histórico de la Terminología.

1. La contribución de los filólogos

1.1 Revisaremos, en primer lugar, el trabajo de los filólogos, comenzando por el del académico Samuel Gili Gaya (1892-1976), quien a su condición de lingüista unía la de ser licenciado en farmacia. Esta característica resulta destacable pues no son muchos los filólogos que han poseído, además, el conocimiento real y científico de la flora cuyas denominaciones son objeto de estudio.

Gili Gaya publicó diversos estudios sobre el léxico botánico. Es probable que fuera precisamente esa formación como farmacéutico lo que determinara su interés por esta área léxica. Por otra parte, la familiarización con las fuentes bibliográficas referidas a este ámbito que sus años en la Facultad de Farmacia de Barcelona le habían reportado, le fueron, sin duda, muy útiles.

El primer artículo sobre el tema se tituló "Casos de etimología popular en nombres de plantas" y fue publicado en 1919, en la *Revista de Filología Española*. En él se ocupaba de aquellos nombres de plantas de extensión localizada que pasaron al lenguaje a través de la vía erudita y que fueron deformados fonéticamente al ser poco asimilables por el hablante medio.

Gili Gaya acude a diversos repertorios de la flora hispánica¹ e incluso al Diccionario académico, de los que selecciona los casos de etimología popular que interpreta como más seguros. Son diecisiete nombres de los que, por orden alfabético, indica su denominación romance, su origen latino, posibles analogías y la fuente de donde extrae el nombre concreto. Las explicaciones que ofrece a las posibles causas del error lingüístico que da lugar a la etimología popular en cada caso son, a veces, referidas a las características de las plantas, como en el caso de *aguileña* (de AQUILEGIA), cuyo origen Gili Gaya achaca a la forma de las flores "que tienen los pétalos prolongados en un espolón largo y tubuloso" (1919:182). En otras ocasiones, dice, esta etimología se forma por analogía con palabras más comprensibles para los hablantes, como los casos de *alemana* (de ANEMONE) por influencia de 'alemán', u *hormigón* (de HORMINU) por analogía con 'hormiga'.

1 Colmeiro, *Enumeración de las plantas de la Península Hispano-Lusitana*; Lázaro, *Flora española*; A.C. Costa, *Introducción a la Flora de Cataluña*; F. Oliveras, *Lista alfabética de varias plantas*.

Este primer artículo se vio ampliado al cabo de nueve años, en 1928, con otro de igual título², en el que se contienen veintidós nuevos nombres de plantas, muestra, asimismo, de etimologías populares con sus correspondientes explicaciones. La introducción es, en este caso, más amplia y precisa, ya que explica de qué manera estas etimologías populares proceden de cultismos y semicultismos que los profesionales —farmacéuticos y herbolarios— introdujeron en su momento. Estas adaptaciones o invenciones de los botánicos, dice Gili Gaya, son

"poco interesantes cuando quedan confinadas al medio en que nacieron, pero [son] de gran importancia cuando sobre tales denominaciones cultas o semicultas han operado en los dialectos romances" (1928:3).

En esta ocasión se basa, además de en las obras citadas en el primer artículo, en la traducción que el Dr. Andrés Laguna, médico y botánico español del siglo XVI, hizo de la obra titulada *Materia médica*, del galeno griego del siglo I, Dioscórides, publicada en Amberes en 1555 y que incluía una "tabla de nombres bárbaros que son los que se usan en las boticas." (íd.:2).

La geografía lingüística sería la encargada de dar a estudios como estos una mayor trascendencia al hacer que sus resultados fueran más precisos. La realización de atlas lingüísticos en el ámbito hispánico fue tardía con respecto a otros países europeos y dado que los botánicos no se habían ocupado de dar las localizaciones exactas de los nombres de plantas que registraban, Gili Gaya, lamentándose de ello, expresaba sus esperanzas de que esta disciplina permitiría "ampliar los materiales hoy forzosamente limitados para el filólogo" (íd.:1). Por otra parte, habían comenzado ya a difundirse trabajos similares realizados por romanistas europeos que trataban de adaptar la metodología de Gillieron al estudio de los nombres de plantas y sus orígenes etimológicos, teniendo en cuenta las condiciones y circunstancias de la transmisión de los vocablos.

El italiano V. Bertoldi, considerado como el "maestro de la onomasiología botánica" (Séguy 1953:2), publicó diversas obras al respecto y, en 1926, el artículo titulado "Parole e idee: Monaci e popolo, 'calques linguistiques' et etimologie popolari", sobre diversos nombres de plantas y sus variedades en una amplia

2 Razón por la cual en alguna de las breves bibliografías que han sido publicadas sobre la obra de este filólogo, se identifica equivocadamente este segundo artículo con el primero.

zona geográfica de Italia y Francia. Bertoldi señala que estas denominaciones están causadas por la etimología popular adoptada para las traducciones, poco comprensibles para el pueblo, y que los botánicos y los monjes habían introducido. Este autor llega a la conclusión de que las etimologías populares, por medio de los dialectos, se realizan, a partir de una forma determinada, en otras que responden a ideas diferentes, como, por ejemplo, el caso de *glycyrrhiza* (lat. LIQUORITIA/LIQUIRITIA) que da *acquarisia*, de la combinación con 'agua'; *regolezia*, combinado con 'regolare'; *guarizia*, combinado con 'guarire', etc. Por el contrario, las lenguas parten de aquella misma forma para establecer calcos léxicos: de *glycyrrhiza*: *radice dolce* (it.), *bois doux* (fr.), *palo dulce* (cast.), etc. Hay, pues, en las lenguas, múltiples formas para una sola idea, mientras que en los dialectos se dan múltiples ideas para una forma originaria que sufrirá alteraciones. Bertoldi llama la atención sobre el hecho de que esta profusión de etimologías populares en el reino vegetal se debe a que este constituye una parte importantísima de la medicina popular de todas las épocas y lugares. Estas reflexiones le llevan finalmente a establecer que la etimología popular es un procedimiento de carácter negativo y dominio dialectal, mientras que los calcos son el procedimiento positivo de dominio interlingüístico y por ello:

“la disarmonia d'idee nei dialetti risulta dallo sforzo di conservare la forma come dal sacrificio della forma consegue nelle lingue l'armonia dell'idea”. (Bertoldi 1926:160).

Pero volvamos a Gili Gaya. Este cree que, en los nombres de especies que dan lugar a etimologías populares, al tratarse de voces con referencia en la naturaleza y de una extensión relativa —ya que los nombres correspondientes a plantas de gran extensión o importancia económica han conservado su nombre latino (casos de *vid* o *trigo*, por ejemplo)— se han producido cruces semántico-fonéticos que provocan que un mismo nombre designe plantas de distinta especie. Sin embargo, opina que es poco probable que esto ocurriera en una misma zona, por lo tanto, si se hubiera dispuesto de la localización exacta de cada nombre —que los botánicos no dieron— y la correspondencia real entre nombre y planta en cada caso, la información que en este tipo de estudios se contiene hubiera sido el perfecto complemento a los hallazgos de la geografía lingüística.

Aún publicaría Gili Gaya otro trabajo, en 1947, sobre el tema, cuyo título es “Cultismo y semicultismo en nombres de plantas”. Vuelve a insistir aquí en

las dificultades originadas por la falta de identificación entre nombre y planta, haciendo referencia, ahora ya sí, a los atlas lingüísticos publicados que habían conseguido corroborar la abundante diversidad existente entre los nombres relativos a la naturaleza, principalmente, animal y vegetal. Esta diversidad la achaca este autor a factores como la notoria actividad de la formación nominal romance junto al olvido o desconocimiento de los nombres originarios griegos, latinos o árabes, o a otros aspectos como la confusión e identificación de especies distintas cuando alguna de estas es trasladada a otros territorios —y aún más si es a otro continente— o, incluso, al hecho de que existan denominaciones para cada una de las variedades de una misma planta. Se provoca, en consecuencia, que,

“un mismo nombre vulgar se aplica no sólo a especies distintas, sino a plantas de familias diferentes, y viceversa, una misma planta recibe varios nombres vulgares” (Gili Gaya 1947:3).

Así justifica Gili Gaya que, durante el Renacimiento, se sintiera la necesidad de uniformar las nomenclaturas en un afán de claridad y, sobre todo, de validez universal para facilitar el trabajo de los naturalistas, médicos y herbolarios. Destaca también cómo quienes se dedicaron a esta tarea tuvieron que hacer frente a dos problemas distintos: uno, el de su erudición humanista y otro, el de sus conocimientos científicos botánicos. En ambos terrenos era el Dr. Andrés Laguna —cuyos materiales léxicos aprovechó casi íntegramente el *Diccionario de Autoridades*— un maestro. Este naturalista recogía en la descripción de cada planta, un nombre que él llamaba “bárbaro” y que era “el nombre técnico empleado en las boticas” (íd.:6).

En estos materiales se basa el trabajo de Gili Gaya, quien toma ochenta y dos de estos nombres “bárbaros” y los clasifica según los procedimientos lingüísticos aplicados para obtener los neologismos semicultos resultantes. Así, encontramos grupos de términos formados por alteración fonética u ortográfica del nombre griego o latino, por cambio de terminación, por latinización del nombre vulgar, por traducción de éste al griego o al latín, por etimología popular, etc. A diferencia de los dos artículos anteriores, aquí la etimología popular es sólo uno más de los fenómenos lingüísticos estudiados con referencia a la creación renacentista de cultismos y semicultismos botánicos, si bien no deja de ser uno de los más importantes.

Como puede apreciarse, estos trabajos de Gili Gaya están relacionados con la corriente metodológica "Wörter und Sachen" que romanistas alemanes como H. Schuchardt y R. Meringer habían creado a principios de siglo. J. Séguy, por su parte, en la obra titulada *Les noms des plantes dans les Pyrénées centrales* (1953), afirma que son metodologías como la onomasiología y la citada corriente las que dieron el impulso necesario: "pour que la réflexion des linguistes se portât sur le vocabulaire des choses de la nature" (Séguy 1953:1). La finalidad de esta corriente era destacar el aspecto semántico del lenguaje mediante el estudio profundo de las cosas ("Sachen"). Para ello había que ir en busca de las etimologías, del significado primero de las palabras referido a las primeras "cosas" que designaban. Y esto es precisamente lo que Gili Gaya pretendía al indagar en las etimologías populares que habían dado lugar a los diversos nombres de plantas que él estudia.

Iorgu Iordan, en su *Manual de lingüística románica* (1967), nos habla de algunas obras de autores, franceses e italianos –Bertoldi, entre ellos– que, "sin pertenecer directamente al método de 'palabras y cosas', se acercan a él mediante los elementos que contienen, y algunos de ellos nos proporcionan material inmenso" (Iordan 1967:124).

Se trata de una serie de lingüistas, especializados en zoología o botánica:

"una especie de zoólogos-lingüistas y botánicos-lingüistas, que se ocupan habitualmente de los nombres de los animales y de las plantas, intentando explicarlos con ayuda de las particularidades más características de la existencia de estos" (id.:125).

Manuel Alvar, en las notas referidas al ámbito hispánico, complementarias a esta obra de Iordan, menciona a Gili Gaya entre los lingüistas españoles que se dedicaron a esta tarea.

En realidad, el tercer trabajo de Gili sobre fitonimia es la culminación de los dos anteriores pues queda claramente demostrado que la base de los nombres científicos botánicos que se emplearían sistemáticamente a partir del siglo XIX, se halla en estas creaciones de los profesionales de los siglos XVI y XVII. Distingue también Gili Gaya entre los casos de etimología "genuinamente popular" y los de falsa interpretación seudoculta, de forma que los primeros suelen quedar restringidos a su zona dialectal mientras que los segundos, por su "carácter sabio", fueron adoptados por la lengua escrita e incluso literaria y esa es la razón por la que la mayoría fue incluida en el *Diccionario de Autoridades*.

El conjunto de estos tres artículos forma un todo en el que cada parte completa y amplía las anteriores. A estos trabajos siguió una serie de notas etimológicas específicas referidas a determinados nombres populares de plantas como *viriebla*, *sanamunda* o *virigaza*. Estas notas aparecieron en la *Revista de Filología Española*, entre 1950 y 1951, por lo que son posteriores a los artículos sobre los semicultismos y vienen a completar esta serie de trabajos dedicados a la terminología botánica.

1.2 Dámaso Alonso (1898-1990)

Por su parte, Dámaso Alonso publicó en 1946, en la *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, un artículo titulado "El saúco entre Galicia y Asturias. (Nombre y superstición)", en el que expone las diversas denominaciones populares de esta planta, no sin haber hecho antes mención de la confusión que suele darse entre el saúco y algunas variedades del yezgo. En la zona estudiada el nombre más generalizado es el de *binteiro*, *beateiro*, *benito* o *bintu*, cuya etimología es, sin duda, BENEDICTU (más el sufijo -ARIU para las formas en -eiro). Pero lo que al autor le interesa es estudiar los pormenores de esta etimología. Para ello, Alonso acude a otro campo semántico, el de las diversas afecciones cutáneas como granos, ampollas y verrugas que en gallego-portugués se denominan *bentas*, *bieitas* y *benitas*, y que se relacionan con el campo anterior por las atribuciones médicas que el vulgo adjudica a esta especie vegetal.

De la medicina popular fácilmente se pasa a las supersticiones: números mágicos, ensalmos y conjuros relacionados con esta planta, que tienen su máxima expresión en el solsticio de verano, por ser la época de mayor floración de especies en muchos lugares. De ahí la gran difusión de estas prácticas, no sólo en la zona estudiada, sino en toda Europa. El autor examina, en aquella zona, la distribución de los términos *benedictu* y *benedicta*, afirmando que un atlas lingüístico tupido de todo el noroeste peninsular podría echar más luz sobre sus observaciones. Finalmente, la conclusión es que existe un objeto, el saúco, con prácticas medicinales y supersticiosas antiquísimas –su difusión lo prueba–, y un nombre, *benedictu*, bastante más moderno pues pertenece al latín eclesiástico.

La razón para ello es que este nombre se aplicó al saúco después de la parcial cristianización de aquellas prácticas, es decir, a partir del momento en el que el solsticio de verano se convirtió en la fiesta de San Juan.

1.3 Jean Séguy (1914-1974)

Hemos mencionado ya la obra *Les noms de plantes dans les Pyrénées centrales* (1953), en la que explicita los objetivos filológicos y lingüísticos de su obra de forma clara:

- a) Establecer las denominaciones actuales de las plantas del área gascona de los Pirineos.
- b) Hallar las etimologías desconocidas hasta ese momento y así descubrir las posibles supervivencias prerromanas.
- c) Dar cuenta de la situación histórica y geográfica de este vocabulario.
- d) Establecer las leyes que presiden la formación del léxico botánico popular. Dado que muchas plantas salvajes no tienen nombre o que otras lo tienen pero muy raramente se citan en la conversación cotidiana, hay que determinar las leyes que permiten que unas plantas tengan nombre y otras no, así como las actitudes de los hablantes al nombrar un objeto mal o poco conocido.

Para Séguy, esta tarea no es fácil porque se trata de un léxico, el botánico, inestable y diverso, además de hallarse en plena decadencia pues la cultura urbana está sustituyendo plenamente a la rural y las gentes desconocen nombres de especies que no sean las de los grandes vegetales, es decir, los habituales y los cultivados. Por ello, el autor considera método primordial el conocimiento seguro de las "cosas" —en este caso, vegetales—. De ahí que su primera dedicación fuera la de conocer a fondo las plantas de la zona trabajando junto a una familia de agricultores. Pero admite asimismo haber contado, en ocasiones, con la ayuda de "spécialistes complaisants" (1953:6). Sin embargo, sus encuestas se realizan casi siempre entre campesinos, pastores y guías de montaña, muy pocas veces entre "hombres sabios".

En su obra, Séguy establece, pues, dos leyes para la denominación de plantas:

1^a) La ley del interés. Es decir, a la pregunta ¿por qué unas plantas tienen nombre y otras no?, la respuesta es que sólo se nombran las plantas que o son perjudiciales o son útiles. De ahí, el auge de la farmacopea tanto popular como sabia, tributarias mutuamente una de la otra.

2^a) La ley de la economía de fuerzas. Así, a la pregunta ¿cómo son establecidos los nombres de las plantas?, la respuesta es que el hablante ha seguido varios caminos para ello: para los vegetales más familiares o conocidos, el nombre se halla en la memoria y la tradición; para otras especies, se recrea el nombre a partir de procedimientos léxicos usuales como la confusión homonímica con otro objeto, la sufijación, la descripción o la metáfora.

Estas últimas son las que Séguy llama formaciones secundarias que, a lo largo del tiempo, han ido pasando a la categoría de las primarias, que son las mencionadas en primer lugar. Pero Séguy menciona, asimismo, los numerosos calcos y préstamos que también han intervenido a la hora de la creación léxica del mundo botánico, lo cual plantea el problema, que tanto Bertoldi como Gili Gaya habían ya destacado, relativo a la dificultad de establecer cuáles son creaciones populares y cuáles son adaptaciones de términos sabios.

1.4 Antoni Badia Margarit (1920-)

Otro filólogo que se ocupó en varias ocasiones del vocabulario del mundo vegetal. Nos referiremos aquí al artículo "Sobre algunos nombres de plantas en aragonés", publicado en 1954, a raíz del libro de Jean Séguy. En este trabajo, Badia realiza una comparación entre algunos de los nombres gascones citados en la obra de Séguy y ciertos términos aragoneses recogidos por él mismo. De la comparación, el autor pretende

"extraer, siempre que sea posible, consecuencias de interés para la lexicografía pirenaica, de un modo especial para las relaciones léxicas entre los romances de ambos lados de la cordillera". (Badia 1954:32).

Para la verificación de los materiales, Badia contó con la colaboración del botánico Pedro Montserrat, lo cual le agradece públicamente en el artículo. También Badia explicita los objetivos de su trabajo, que se resumen en:

- a) Dar a conocer los materiales aragoneses.
- b) Establecer coincidencias entre los términos populares gascones y aragoneses.
- c) Dar cuenta de las alteraciones en los nombres populares con respecto a las entidades botánicas correspondientes, por supuesto, partiendo de la base

de que las identificaciones tanto de Monserrat como de Séguy son absolutamente fiables.

d) Determinar la difusión geográfica de las áreas léxicas.

Para ello, ofrece una lista de cincuenta y siete nombres aragoneses de plantas con sus equivalencias científicas, ya que éste es el "único punto de referencia para fijar el significado propio de los vocablos populares" (íd.:33). Seguidamente, da la lista de los nombres gascones (veintitrés) relacionados con los aragoneses citados y la identificación científica de Séguy. De ello constata que hay diecisiete coincidencias que justifica por la "importancia del préstamo" (íd.:37), en este vocabulario, ya señalada por Séguy. Ello, afirma Badia, viene a reforzar "la firme unidad léxica pirenaica" (íd.:37). Tan solo halla seis discrepancias, que justifica por "la economía del material léxico", mencionada, asimismo, por Séguy.

2. La aportación de los botánicos

2.1 Vamos a referirnos, en primer lugar, al trabajo realizado por el botánico catalán Pío Font i Quer (1888-1964), quien dedicó su atención a esta área léxica tanto en castellano como en catalán, creando escuela en ambas lenguas. Su trabajo en este ámbito es amplio pues no se limitó a publicar artículos sobre algunos aspectos lingüísticos o léxicos sino que realizó una meritoria labor de construcción terminológica en lo que a la botánica se refiere. Así, estableció algunas de las bases necesarias para que esta terminología científica fuera lo más coherente posible, atendiendo tanto a cuestiones de tipo filológico –sus asesores en este campo fueron C. Riba y J. M^a de Oleza– como científico.

Entre su obra encontramos, como hemos dicho, artículos monográficos sobre determinados aspectos léxicos, pero también, trabajos de mayor envergadura, como el *Diccionario de Botánica* (1953), en el cual, en palabras de Oriol de Bolós,

"s'esforça per posar ordre a la terminologia botànica castellana, recolzant sobre el principi que, en qüestió de neologismes paraules sense tradició veritable dins la llengua el criteri etimològic ha de prevaler sobre l'ús, que la major part de les vegades ni tan sols no és constant". (Bolós:1963:214)

El afán de Font i Quer al realizar esta obra era de carácter científico, naturalmente, pero también exhibe un prurito lingüístico digno de destacarse.

Para el autor, la necesidad de unificación en el léxico botánico iba haciéndose cada vez más apremiante ya que:

"Al multiplicarse las obras botánicas y al aumentar los neologismos crece también el peligro de la discordancia en el seno de la lengua. Las publicaciones castellanas de botánica, tanto de España como de América, aun las actuales, muestran cierto grado de inseguridad en cuanto se refiere a la grafía y a la prosodia de los términos técnicos. Parece que, no habiéndose consolidado ortográficamente tales vocablos, estamos todavía, en cuanto a ellos se refiere, en pleno período constituyente. Sin cánones ortodoxos, las más de las veces guiados únicamente por instintos lingüísticos primarios, los botánicos de habla castellana han ido introduciendo y adaptando neologismos un poco a la buena de Dios". (Font 1953:VIII)

Font i Quer aplica, para la elaboración de su diccionario, criterios etimológicos basándose en el carácter universal de que deben gozar los términos técnicos, lo cual exige "la repudiación de las voces usuales" (íd.:XIII). Y, lo que es más importante, si cabe, la formación a partir de las lenguas clásicas –griego y latín– de los términos castellanos debe ser correctamente realizada "según las normas castellanas de adaptación morfológica y fonética" (íd.:XIV), dado que "las voces castellanas técnicas han de cumplir una misión ecuménica en el ámbito de una veintena de estados del Antiguo y el Nuevo Mundo." (íd.:XIV). Se aprecia en estas palabras el deseo de unificación lingüística para todo el ámbito hispánico, en el campo del léxico científico, que filólogos como Menéndez Pidal, Dámaso Alonso o Samuel Gili Gaya, preocupados a su vez por estas cuestiones, reclamaban también en aquellos momentos³.

En consecuencia, Font i Quer, en la introducción de su diccionario, incluye unas normas de formación de términos a partir del latín y griego que contemplan cuestiones como: el caso a partir del cual debe formarse el derivado, la interpretación de sonidos y grafías que no existen o no son aplicables a la lengua española (espíritu áspero del griego, s- inicial, ciertos grupos iniciales de consonantes, etc.), la formación de compuestos, la variación genérica con respecto al término origen, etc. Basten estas muestras para apreciar que estamos ante un verdadero intento normativo de toda un área léxica por parte de alguien consciente de su necesidad de homologación y unificación lingüística.

3 Cfr. R. Menéndez Pidal, "La unidad del idioma", *Castilla, la tradición, el idioma*, Buenos Aires, 1945, pp. 171-218; D. Alonso, "Unidad y defensa del idioma", *BRAE*, XLIV/CLCCIII, 1964, pp. 387-395; S. Gili Gaya, "El lenguaje de la ciencia y de la técnica", *Presente y futuro de la lengua española. Actas Asamblea de Filología del I Congreso de Instituciones Hispánicas*, Vol. II, Madrid, 1964, pp. 269-276.

Dentro de la obra divulgativa de Font i Quer, debemos incluir las traducciones al castellano de tratados de botánica como la que realizó del italiano de Gola, Negri y Capelletti. Precisamente uno de sus artículos, titulado "Ortografía y fonética de diversas voces castellanas, en lexicografía botánica" (1951), constituye la contestación a unas críticas que le fueron hechas a raíz de la publicación de la mencionada traducción. Font i Quer justifica y explica los usos léxicos y fonéticos seleccionados, usos que incluirá también en su *Diccionario*. No se trata ya aquí de nombres de plantas, sino de términos técnicos relativos a cualquier otro ámbito de la ciencia botánica: acciones y procesos fitológicos (sustantivos y verbos: *copla*, *cariocinesis*, *insertar*, *asombrar*), organografía vegetal (sustantivos: *página*, *organización*), cualidades específicas (adjetivos: *genitivo*, *reservante*, *hospedante*), etc. Para Vallés Xirau, este trabajo fue, en cierta forma, el preámbulo a su *Diccionario de Botánica*, publicado un par de años después (Vallès 1988:144).

En esta línea se halla también su artículo titulado "Algunas noticias sobre nombres colectivos de plantas" (1954), en el que da cuenta de algunos procesos derivativos con respecto a los nombres colectivos, partiendo de los sufijos *-ar*, *-al*, *-edo* y *-eda*, considerados como indicativos del concepto de conjunto o colectividad en español (al igual que las correspondientes formas del catalán). Incluye una lista de nombres de este tipo ordenados alfabéticamente según el nombre científico latino. Esta parte resulta interesante para ámbitos lingüísticos como la antroponimia y la toponimia, pues muchos de los nombres colectivos de especies vegetales se han perdido como tales pero perviven como apellidos o nombres de lugar.

2.2 Otro botánico preocupado por cuestiones de tipo lingüístico es Oriol de Bolós (1924-), discípulo de Font i Quer, si bien, en este caso, dedicado exclusivamente a la normalización del lenguaje de la botánica en lengua catalana. Sin embargo, en su artículo "La formació del llenguatge botànic català" (1963) se realizan observaciones aplicables a la formación del léxico botánico en general. En este artículo, Bolós confiesa que se siente fuera de su campo de trabajo habitual al tratar cuestiones filológicas; por ello tan sólo se limitará a sugerir cuestiones cuya solución definitiva, dice, deberá ser dada por los filólogos profesionales.

Así, el autor llama la atención sobre la dificultad que supone el hecho de que nombres diferentes se empleen para una misma especie, mientras que un mismo nombre puede servir para designar especies distintas. Hemos visto cómo filólogos y botánicos han observado este hecho para otras áreas lingüísticas, no sólo para el catalán. Se trata, por lo tanto, de una característica general de esta terminología.

Otro problema, relacionado con el anterior y destacado también por Oriol de Bolós es la fragmentación dialectal que puede apreciarse en el léxico de la botánica. Algunas especies, presentan, en consecuencia, una abundancia excesiva de denominaciones, en cambio, otras no tienen nombre popular o no se les conoce. Según Bolós, la forma en que las lenguas históricamente han resuelto o han intentado resolver este problema ha sido, o bien dar el nombre popular a la planta que lo posee y el nombre latino a la que no (lenguas románicas en general), o bien crear una nomenclatura en la que a los nombres populares se añaden formas traducidas, por lo general, del nombre científico latino (lenguas germánicas). Bolós creía que había llegado el momento de unificar criterios para establecer el léxico botánico catalán en el uso formal científico, para lo cual ofreció las normas que debían seguirse de forma regular:

- i. Si existe un nombre popular adecuado, debe aceptarse. Si hay más de uno, hay que elegir el más idóneo y potenciar su uso en el lenguaje escrito.
- ii. Si se trata de una planta importante que no tiene nombre popular y el público en general debe poder nombrar, se realizará una adaptación del latín, lo más literal posible.
- iii. Si una planta es poco conocida y sólo tiene interés para los botánicos, se dejará el nombre latino, que, añade, "en català no sol oferir cap dificultat de pronunciació". (Bolós 1963:217).

Sigue Bolós dando indicaciones acerca de los procedimientos lingüísticos que deben seguirse a fin de evitar las traducciones literales de otras lenguas, principalmente del castellano, que es la que más influjo ha ejercido en las formas léxicas, morfológicas e, incluso, sintácticas catalanas. Incluye, asimismo, algunas consideraciones con respecto a ciertos usos toponímicos que considera erróneos, como el hecho de usar *Pirineu* en lugar de *Pirineus*, pues procede de PYRENAEOS (id.:222).

Como se puede apreciar, la razón última del trabajo de Bolós es ofrecer el marco adecuado para el desarrollo preciso y coherente del lenguaje científico botánico en catalán, lo cual no constituye nuestro objeto de estudio aquí. Si nos hemos detenido en él, es por los intereses terminológicos en general que, sin duda, comparte con los trabajos anteriores⁴.

3. Terminología botánica y lexicografía

3.1 El Glosario de voces romances de M. Asín Palacios

Este glosario mereció en su día la atención tanto de filólogos como de botánicos, de ahí que lo hayamos escogido como elemento de engarce entre ambos gremios, y en relación con la labor lexicográfica, en este último punto.

El *Glosario de voces romances registradas por un botánico anónimo hispano-musulmán (siglos XI-XII)* (1943), del arabista Miguel Asín Palacios (1871-1944), consiste en la recopilación y traducción de términos botánicos tomados de un manuscrito árabe anónimo de los siglos XI o XII, conservado en la Academia de la Historia de Madrid. En realidad, la obra manuscrita es un tratado sobre drogas medicinales que contiene una notable información sobre las especies vegetales, su morfología, características, aplicaciones medicinales y aspectos folklóricos de las mismas. Además, cada uno de los nombres de las plantas trae diversos sinónimos en varias lenguas semíticas (árabe, árabe vulgar, árabe de Al-Andalus, beréber, ...), en griego, latín y romance de España o *ayamiyya*. Es, en consecuencia, una obra de interés en diferentes campos y así lo destaca el propio Asín Palacios en la introducción a su obra, al especificar:

a) La importancia botánica de la obra, ya que, aparte de las informaciones concretas con respecto a las especies y su identificación, en ella se “descubre un evidente preuncio del moderno sistema de clasificación científica de los vegetales” (Asín 1947:XXIV), a pesar de que hubo un tiempo en que se creía que nada había sido introducido como innovación en este sentido por los botánicos árabes.

⁴ En palabras de Riern, Vallés y Cabré, Oriol de Bolós fue uno de los botánicos que más contribuyeron al lenguaje de su especialidad y al de la ciencia en general. (1998:30).

- b) La importancia folklórica, pues explica creencias, tradiciones y costumbres populares e incluso supersticiones variadas, a veces narradas en forma de cuento.
- c) La importancia geográfica, por el caudal de noticias geográficas que hay en el manuscrito.
- d) La importancia lingüística, por su interés dialectológico, fonético, morfológico y sintáctico, así como para la prehistoria del español, por la gran cantidad de datos que pueden extraerse de la obra en este sentido.

Naturalmente, es a este campo al que Asín Palacios dedica mayor atención y en el que se muestra más seguro en sus observaciones. En cuanto a su incursión en el terreno de la botánica, Asín se disculpa por ello y afirma:

“No se me oculta que los especialistas encontrarán quizá deficiencias y aun errores de bulto en alguna de mis identificaciones, basadas como están más en las citadas autoridades lexicológicas que sobre la descripción textual de las plantas a que los nombres corresponden; pero ello era forzoso, supuesta la parcial edición del manuscrito, mi exigua competencia botánica y el propósito principalmente lingüístico a que mi trabajo se ha ceñido. A los botánicos me encomiendo para toda corrección o enmienda”. (id.:L)

Este *Glosario*, última obra de su autor, suscitó diversas reseñas y comentarios que revisaremos a continuación.

3.1.1 La primera reseña apareció en la *Revista de Filología Hispánica*, en 1945, firmada por Amado Alonso, quien cataloga la obra de Asín Palacios como “el mayor y más claro tesoro que hasta ahora tenemos para el estudio de las hablas mozárabes” (1945:166). Alonso muestra algún reparo ante las interpretaciones de algunas mociónes y consonantes árabes por parte del autor del *Glosario*, si bien añade que eso sólo es por

“advertir a los romanistas que el vocalismo, y en unos pocos casos el consonantismo, tiene que ser retranscrito según el saber romanístico”. (id.:166).

Destaca la labor realizada con respecto a las etimologías propuestas, que, si bien en ocasiones por vías inadecuadas, cree que resultan correctas la mayoría de las veces.

3.1.2 Quien dirigió seguidamente su atención a esta obra fue, en este caso, un naturalista, Enrique Álvarez López, quien le dedicó, en 1946, un extenso artículo de ciento setenta páginas, publicado en los *Anales del Jardín Botánico*

de Madrid. Dice Álvarez López que, al descubrir la riqueza de datos importantes para la historia de la botánica que la obra contenía, no pudo resistirse a la invitación del filólogo arabista.

El amplio comentario de Álvarez López pretende hacer hincapié en el gran mérito de la obra no sólo en cuanto a aspectos botánicos o lingüísticos, sino por lo que representa para el conocimiento de la historia de la cultura y de la ciencia hispano-musulmanas. Y esa es la razón que le lleva a profundizar en los datos ofrecidos por Asín Palacios ampliándolos y explicándolos en buena medida.

La tesis de Álvarez López es que el *Glosario* es la prueba de que existió un fondo de saber botánico autóctono en la Península ya desde la época hispano-latina y no sólo a partir de los tiempos en que los hispano-musulmanes pudieron haber importado estos conocimientos de Oriente, como ciertos historiadores y naturalistas habían mantenido. Según estos,

“la ciencia árabe tendría un origen notoriamente oriental y su desarrollo en Occidente, aunque muy importante, sería posterior y, en cierto modo, continuación suya”. (Álvarez 1946:15).

Es decir, que la abundancia de nombres romances recopilados que revelan un carácter erudito y técnico y no exclusivamente popular, no sólo era importante como testimonio de un estado de lengua –lo que Amado Alonso había destacado–, sino como prueba de la existencia de ese fondo autóctono de conocimientos naturalistas: “nadie emplea nombres para designar lo que ignora o lo que no le interesa” (id.:16) afirma Álvarez López. Además, con respecto al autor anónimo del manuscrito, aquel dice que

“no traduce término por término, sino que tiene que explicar el significado de la voz *ayamiyya* o utilizar frases árabes más complejas que la equivalgan, es decir, no procede como haría el que llevara la versión del árabe al *ayamiyya* para difusión de la ciencia contenida en aquél, sino como el que asimila el *ayamiyya* al árabe, trayendo a éste una noción nueva, no contenida previamente en su vocabulario”. (id.:20).

Álvarez López aporta numerosos ejemplos que justifican su tesis, para acabar diciendo:

“todos estos nombres y otros muchos llevan, como se ve, una impronta técnica y erudita imborrables, y muchos han evolucionado deformándose, lo que implica un largo paso de unas generaciones a otras, hasta llegar a una cierta degradación o popularización de un saber primitivo o acaso, en gran parte de raíz greco-latina, que de otra manera hubiera conservado inalterado su vocabulario científico.” (id.:22).

En la segunda parte de su trabajo, Álvarez López organiza el análisis por especies vegetales, haciendo hincapié en las cuestiones de identificación del objeto en relación con el nombre o nombres; a la vez, destaca las novedades en la aplicación técnica de las plantas y si esa novedad se debía al saber oriental o al autóctono, como corresponde a la tesis planteada en la primera parte del artículo.

Este trabajo tuvo, a su vez, un comentario, en una revista especializada, no en cuestiones científicas sino filológicas –la *Revista de Filología Española*–, y por parte de un filólogo, Samuel Gili Gaya. Este se felicita por la publicación de este trabajo, sobre todo por venir de quien viene, un científico naturalista. Afirma que los filólogos sólo se habían alegrado hasta aquel momento por el caudal de datos sobre el mozárabe que el *Glosario* aportaba, lo cual, como modestamente reconoce Gili Gaya, no era de extrañar, por otra parte, si se tenía en cuenta que

“los filólogos tropezamos en nuestra investigación con la misma dificultad que Asín encontró: nuestra falta de conocimientos botánicos nos hace retroceder a menudo ante la identificación de los géneros y especies vegetales, cuyo nombre ofrece una doble vertiente lingüística y científico-natural que, como signo y significado, hay que interpretar conjuntamente”. (Gili Gaya 1949:415).

Gili Gaya sigue resaltando la paciente labor de Álvarez López en la identificación, especie por especie, de los materiales recogidos en el *Glosario*, así como sus observaciones sobre las denominaciones romances que le llevan a apreciar aquel fondo de saber autóctono y no solo trasladado de la ciencia oriental. Ello, señala Gili, sirve a los filólogos como un criterio más de distinción entre las formas vulgares y los cultismos léxicos. Vemos, pues, cómo desde una obra de marcado carácter filológico pueden extraerse conclusiones válidas desde la perspectiva histórico-científica, y a partir de tal perspectiva, a su vez, se puede llegar a valoraciones de nuevo filológicas.

3.1.3 Ya sólo nos queda mencionar el trabajo de Pío Font i Quer con respecto a la obra de Asín Palacios, que apareció publicado en 1950, en la *Memoria de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona*, y que, a su vez, recoge la intervención del botánico en la sesión de la citada Academia del día 21 de diciembre de 1948.

Naturalmente, Font i Quer parte de una perspectiva científica para este comentario, por lo que empieza afirmando que la obra de Asín Palacios

“constituye para el aficionado a la nomenclatura vernácula de las plantas un sugestivo tema de reconocimiento de especies”; es decir que a los botánicos y botanófilos “ha gustado reconocer tal o cual planta a través de sus descripciones de tipo arcaico, de marcado sabor popular” (Font 1950:213). Sigue Font i Quer describiendo la obra base del botánico hispano-musulmán para luego referirse ya a la recopilación de Asín Palacios.

Nos explica qué es lo que de aquella toma esta y ahí señala carencias desde la perspectiva científica: la disposición de las materias no es la más adecuada para relacionar unas drogas con otras ni para identificar algunas especies dudosas. Además, la omisión de parte de las descripciones de las plantas hace que sea difícil “desentrañar el significado de algunas voces o explicarse el empleo de ciertos remedios vegetales en aquellos lejanos tiempos” (id.:214). Es por ello que el asesoramiento de un botánico competente se echa en falta pues, si bien lo más importante desde el punto de vista lingüístico –equivalencias entre términos técnicos y nombres romances– está resuelto, no ocurre lo mismo con las equivalencias nombre-especie, lo cual es importante porque:

“En torno a un nombre técnico bien logrado pueden trenzarse hipótesis y deducciones diversas; sobre una identificación desacertada es inútil discutir, no sólo en el terreno de la semántica sino también en el de la morfología. Lo primero es conocer la cosa en sí, lo sustantivo; los nombres surgen luego de manera muy diversa, por vías distintas, y sólo cuando logramos pleno conocimiento objetivo nos es dado el poder analizar y comparar después la nomenclatura correspondiente”. (id.:214).

En este aspecto, era muy importante basarse en las fuentes adecuadas, en lo cual no cree Font i Quer que Asín haya estado acertado. Este acude al *Diccionario de los diversos nombres vulgares de plantas* de Colmeiro, mientras que, en opinión de Font i Quer, hubiera sido mejor basarse en la *Enumeración y revisión de las plantas de la Península Hispano-Lusitana*, del mismo autor.

Esta obra analiza primero el objeto para luego aplicarle uno o varios nombres, mientras que el *Diccionario* va directamente al nombre. Como científico, Font i Quer prefiere el análisis del objeto previamente al de la nomenclatura y no al revés. Es sabido que los nombres se empeñan en subsistir y por lo tanto pueden, con el paso del tiempo, ser aplicados a plantas diversas aunque sean parecidas.

Esto tiene que ser descifrado, lo contrario sería “hacer apología de la comodidad” (id.:215). Observa Font que si hubiera obrado así, Asín se hubiera

ahorrado algunos errores de identificación, incluso anacrónicos, como suponer que *yerba paur* era el “*Melocactus communis*” sólo porque tiene el nombre popular de *cardo cabezudo*, cuando, en realidad, es una planta americana que, obviamente, en los siglos XI y XII era desconocida en la Península (id.:215).

Por ello, al igual que Álvarez López –cuyo trabajo menciona en nota Font i Quer–, el botánico catalán recoge la invitación de Asín Palacios y se dispone a hacer una serie de comentarios y observaciones a diversas plantas y especies cuya identificación en la obra de Asín no ha sido bien resuelta.

Quedan así, reseñados y resumidos todos los comentarios, a que dio lugar –que sepamos– la obra del anónimo hispano-musulmán compilada por el arabista Asín Palacios y publicada en 1943. A nuestro juicio, se trata de un trabajo emblemático, de carácter lexicográfico, que nos ha servido para aunar, partiendo de un mismo punto de referencia, la labor de botánicos y filólogos.

4. Conclusiones

Hemos visto, pues, cómo ambos grupos de estudiosos, filólogos y naturalistas, dirigieron su atención, en un pasado muy cercano, al léxico botánico como medio o instrumento, si bien con distintos resultados en uno y otro caso.

Para los filólogos, el léxico referido al mundo vegetal constituye un área lingüística privilegiada para llevar a cabo estudios de diversa especie sobre el lenguaje. Las corrientes onomasiológicas, entre ellas, la metodología “Palabras y Cosas” que hacía recaer la importancia de la investigación lingüística en los “objetos” (en sentido lato) de la vida real, fueron el marco adecuado para que este tipo de estudios pudiera desarrollarse.

Así, a través del léxico botánico se realizaron estudios de dialectología (geografía lingüística, dialectología comparada), de historia de las lenguas románicas (componentes prerromanos, cultismos, semicultismos, etc.), también acerca de los procesos de creación lingüística y de formación de palabras e incluso acerca de las actitudes lingüísticas de los hablantes ante determinadas circunstancias. Igualmente, los filólogos se acercaron, a través del léxico del mundo vegetal, a los aspectos folklóricos del lenguaje que ofrecían datos interesantes, no sólo para los lingüistas sino también para los antropólogos, sobre diversas culturas.

Pero los filólogos también se percataron de que se trataba de un área léxica difícil por la dispersión y la relativa poca constancia que esta presenta en lo que a adecuación nombre-objeto se refiere. Sin embargo, no todos salvaron este escollo de la misma forma. Algunos recurrieron a expertos que les asesorasen, como en el caso de Badía Margarit. Otros pretendieron solventar la dificultad penetrando ellos mismos en el conocimiento científico indispensable para ejercer su trabajo, como es el caso de Séguy. Otros simplemente no dieron solución a este problema, disculpándose por ello, como hizo Asín Palacios. Y aun los hubo que, dadas las características de su investigación—circunscrita a una sola especie—, se limitaron a mencionar el problema de la confusión, para después mantenerse en todo momento en el plano de lo lingüístico, como hemos visto en el trabajo de Dámaso Alonso sobre el saúco.

Mención aparte merece la labor de Gili Gaya al respecto. Se trataba de un filólogo con amplios conocimientos de botánica—no olvidemos su licenciatura en farmacia—, de los que nunca hizo gala en forma explícita, aunque podamos apreciarlos, sin duda, en su trabajo. A pesar de eso o precisamente por eso, es, de entre los filólogos, quien más consciente se mostró ante el problema de la identificación nombre-especie vegetal, ofreciéndola como paso primordial para cualquier otro estudio. Se hizo eco, asimismo, de la necesidad de validez universal de este tipo de léxico, lo cual ya en el Renacimiento se sintió, debido a la cantidad de denominaciones romances populares y cultas que se habían originado.

Insistía así Gili Gaya en el problema con que ya se encontraron los estudiosos de aquella época: aunar erudición humanista y conocimientos botánicos. En realidad, sus estudios lexicológicos sobre esta área tenían, además de los meramente lingüísticos, unos objetivos claros: por medio del estudio de las etimologías, paliar el problema de la confusión de las especies.

Los científicos naturalistas, por su parte, se centran en el estudio del léxico botánico, diríamos que por una necesidad apremiante. Este léxico es el instrumento básico para su trabajo; para un trabajo que pretendía ser lo más preciso posible y por lo tanto, el instrumento debía serlo también: preciso y coherente. No es de extrañar, pues, que los diccionarios concernientes a este léxico se realizaran desde este lado. Son los botánicos quienes más los necesitan y, por esta razón, ellos son quienes los componen. Pero además de diccionarios, estos

científicos precisan de unas normas de composición y formación lingüística, dadas las dificultades que plantea la terminología del mundo vegetal.

Así, su interés no está en estudiar qué procesos lingüísticos ha seguido esta área léxica como forma de conocimiento aplicable a otras áreas léxicas o para extraer conclusiones generales que afectan a la lengua exclusivamente—como hacían filólogos y lingüistas—, sino en ofrecer pautas de formación y uso lingüístico con el fin de que el trabajo de los botánicos no se vea entorpecido por uno de sus instrumentos básicos: la terminología.

Esto provoca que quienes se dedican a ello tengan que tener los conocimientos lingüísticos adecuados para poder establecer esas normas; un conocimiento lingüístico válido, pero siempre con una finalidad práctica, no lo olvidemos. Naturalmente, parten de la dificultad que plantea el léxico botánico, lo cual, al igual que los lingüistas, reconocen también. Destacan, asimismo, las confusiones que se han producido por la complejidad del léxico en cuestión, pero señalan, además, la falta de cuidado en este punto que, en ocasiones, han mostrado los filólogos, al no haber perfilado convenientemente el aspecto de la correspondencia real entre las denominaciones y las especies vegetales.

En definitiva, los botánicos parten del conocimiento real indispensable del objeto del análisis para, en pasos posteriores, establecer las correspondencias con los nombres tanto populares como cultos, única forma de poder poner orden en una terminología difícil y escurridiza. Asimismo, tratan de sentar las bases para el uso terminológico botánico en general—no sólo para los nombres de especies vegetales—, con el objetivo de la unificación terminológica en esta área de la ciencia. Se pretende que esta terminología sea lo más universal y, a la vez, lo más acorde posible con las normas de formación léxica del castellano, para todo el ámbito hispánico.

La penetración de neologismos y las diversas soluciones en su adopción, constituyen un riesgo de diversificación que los botánicos, preocupados por estas cuestiones, tratan de sortear.

Tras estas reflexiones, podemos apreciar la diferencia de perspectiva en la forma de abordar el tratamiento del léxico de la botánica por parte de ambos grupos. Presentan, sin embargo, como hemos podido ver, algunas coincidencias, como son el hecho de reconocer como variable y disperso el objeto de estudio; o bien, esa suerte de modestia que ambos grupos exhiben ante el área

de conocimiento que les resulta más ajena: la lingüística para los naturalistas y la botánica para los filólogos.

Esta actitud sugiere que el trabajo conjunto sería mucho más productivo y los resultados más coherentes y veraces. Para hacer lexicología o historia de la lengua, basándose en la parcela lingüística referida al mundo vegetal, el filólogo precisa del concurso de los botánicos que le ayuden a tratar convenientemente el objeto de estudio, sin errores de identificación. Y, a su vez, el botánico, para establecer unas normas de uso en esta terminología científica, necesita el auxilio del lingüista, para quien no será difícil la interpretación de etimologías ni la aplicación de procedimientos de formación léxica.

En este sentido, y realizando un tránsito hacia las teorías actuales de la terminología, creemos que este tipo de revisiones históricas aportan luz, sin duda, para apoyar algunos de los desarrollos actuales en relación con esta disciplina. Así, según la Teoría General de la Terminología (Wüster), el conocimiento científico se supone homogéneo y uniforme y

“la dimensión comunicativa de los términos no se contempla, ni en lo que respecta a sus aspectos discursivos ni a su proyección gramatical. La unidad terminológica sólo tiene interés en sí misma y desde una única perspectiva: la que le ha conferido la normalización. [...] Según la TGT, los términos no tienen valor pragmático ni presentan variación semántica porque sólo se consideran dentro de un registro, el registro formal profesional”. (Cabré 2002)

En consecuencia, de acuerdo con este planteamiento, no puede ser considerado ningún tipo de variación (contexto sociocultural, área geográfica, realidad socioeconómica, lenguas, evolución de los conceptos, discurso de divulgación). Pero esta perspectiva restrictiva ha sido objeto de críticas por sus carencias a la hora de explicar aspectos relacionados con la dimensión pragmática y social de la terminología. Los estudios mencionados en nuestro trabajo muestran aproximaciones a la terminología botánica que contemplan algunos de estos condicionantes (discurso especializado frente a popularización de la ciencia; tratamiento lingüístico y tratamiento especializado); así, los datos empíricos, y en este caso, acogiéndonos a una perspectiva histórica, nos sirven, como dice Cabré, para demostrar que:

“La comunicación especializada no mantiene un estatus completamente aparte del que mantiene la comunicación general; y el conocimiento especializado no es ni uniforme ni está totalmente separado del conocimiento general en todas las situaciones de comunicación”. (Cabré 2002)

Bibliografía

- Alonso, A., 1945, Reseña sobre: M. Asín palacios, *Glosario de voces romances registradas por un botánico anónimo hispano-musulmán (siglos XI-XII)*, Madrid, 1943; *Revista de Filología Hispánica*, VII-2, pp. 166-167.
- Alonso, D., 1946, “El saúco entre Galicia y Asturias. (Nombre y superstición)”, en: *Revista de Dialectología y tradiciones Populares*, II, pp. 3-32.
- Alvar, M., 1956-57, Reseña sobre: F. Masclans i Girvés, *Els noms vulgars de les plantes a les terres catalanes*, Barcelona, 1954; *Archivo de Filología Aragonesa*, VIII-IX.
- Alvar, M., 1958, “Nuevos derivados españoles del latín *acinus*”, en: *Etymologica*, Tübingen, pp. 33-41.
- Álvarez López, E., 1946, “Comentarios históricos y botánicos a un *Glosario hispano-musulmán de los siglos XI al XII*”, *Anales del Jardín Botánico de Madrid*, VII, pp. 5-175.
- Asín Palacios, M., 1943, *Glosario de voces romances registradas por un botánico anónimo hispano-musulmán (siglos XI-XII)*, Madrid-Granada: CSIC.
- Badia Margarit, A., 1954, “Sobre algunos nombres de plantas en aragonés”, *Via Domitia*, I, pp. 32-40.
- Bolos, O. de., 1970, “La formació del llenguatge botànic català”, en: *Estudis Romànics*, XIII, pp. 209-224.
- Bertoldi, V., 1926, “Parole e idee: Monaci e popolo, ‘calques linguistiques’ et etimologie popolari”, *Revue de Linguistique Romane*, II, pp. 137-162.
- Cabré, M^a T., 1993, *La terminología: teoría, metodología y aplicaciones*, Barcelona: Editorial Empúries.
- Cabré, M^a T., 2002, “Terminología y lingüística: la teoría de las puertas”, *Estudios de Lingüística Española*, N^o16, En: <http://elies.rediris.es/elies16/Cabre.html>
- Font I Quer, P., 1950, “Comentarios al *Glosario de voces romances* del Dr. Asín Palacios”, *Memoria de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona*, 30(9), pp. 213-234.
- Font I Quer, P., 1951, “Ortografía y fonética de diversas voces castellanas en lexicografía botánica”, *Memoria de la Real Academia de Ciencias y Arte de Barcelona*, 30 (18), pp. 441-447.
- Font I Quer, P., 1953, *Diccionario de Botánica*, Barcelona: Ed. Labor, 1965 (2^a reimpr.).

- Font I Quer, P., 1954, "Algunas noticias sobre nombres colectivos de plantas", *Memoria de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona*, 31(17), pp. 435-444.
- Gili Gaya, S., 1928, "Casos de etimología popular en nombres de plantas", *Anuari de l'Oficina Romànica de Lingüística i Literatura*, I, Barcelona, pp. 1-6.
- _____, 1947, "Cultismo y semi-cultismo en los nombres de plantas", *Revista de Filología Española*, XXXI, pp. 1-18.
- _____, 1949, Reseña sobre: E. Álvarez López, "Comentarios históricos y botánicos a un *Glosario hispano-musulmán de los siglos XI-XII*", Madrid, 1946; *Revista de Filología Española*, XXXIII, pp. 415-416.
- _____, 1950, "Viniebla", *Revista de Filología Española*, XXXIV, pp. 278-281.
- _____, 1950, "Sanamunda > Salamunda", *Revista de Filología Española*, XXXIV, pp. 281-283.
- _____, 1951, "Virgaza, Virigaza", *Revista de Filología Española*, XXXV, pp. 344-347.
- Jordan, I., 1967, *Lingüística románica* [1937], Madrid: Ed. Alcalá. (Reelaboración parcial y notas de M. Alvar).
- Lerat, P., 1997, *Las lenguas especializadas*, Barcelona: Ariel.
- Masclans I Girves, F., 1954, *Els noms vulgars de les plantes a les terres catalanes*, Barcelona.
- Riera, C., et al., 1998, "L'aportació del botànic Oriol e Bolós a la fixació del lèxic científic", *Acta Botanica Barcinonensia (Homenatge a Oriol de Bolós)*, 45, pp. 29-36.
- Sager, J., 1990, *A Practical Course in Terminology Processing*, Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins.
- Séguy, J., 1953, *Les noms populaires des plantes dans les Pyrénées centrales*, Barcelona: Monografías del Instituto de Estudios Pirenaicos (100).
- Vallés I Xirau, J., 1988, "Pius Font i Quer i l'Escola lingüístico - botànica catalana", *Miscel·lània-Homenatge al Dr. Pius Font i Quer*, Lleida, IEL, pp. 143-148.
- Vila Rubio, M^a N., 1994, *Samuel Gili Gaya: estudio biográfico e introducción a su obra lingüística*, Barcelona: Universidad de Barcelona.
- Wüster, E., 1998, *Introducción a la teoría general de la terminología y a la lexicografía terminológica*, Barcelona: IULA.

Variationnisme et essentialisme au sein des dictionnaires récents de langue française: quelle vision du français québécois?*

Jean N. de Surmont**

Resumen

En este texto se trata de mostrar la relación que existe entre la emergencia de la francofonía institucional en los años sesenta y la autonomización del campo del diccionario de Québec con la inclusión de marcas topolectales en los diccionarios franceses (*Petit Robert*, *Petit Larousse illustré*, *Dictionnaire Hachette*, *Dictionnaire du français vivant*, etc.). Con este objetivo se remontará a los orígenes de la práctica lexicográfica de Québec explicando el paso entre la *dialéctica interlectal* y la *dialéctica intralectal*. Finalmente se explicará que a pesar de una visión esencialista de la lengua francesa, diferentes acciones han sido emprendidas para tratar de dar a los quebequeses herramientas metalingüísticas que tomen en cuenta su uso. La modificación de las prácticas metalingüísticas puede ser puesta en relación con el surgimiento de prácticas variacionistas.

Palabras clave

Historia de la lengua (Québec), Metalexicografía (Québec), Francofonía, Literatura quebequesa (historia).

* Este texto es la versión escrita de una ponencia presentada durante el coloquio *Dictionnaires français et littérature québécoise* organizado por el Département d'Etudes Françaises et Italiennes, Université St Jérôme en colaboración con el Département d'Etudes Françaises, Université de Waterloo, Ontario, Canada, 11-13 noviembre 2004.

** Doctor en lingüística. Investigador asociado a la Université de Paris IV-Sorbonne.